

PILAR PASCUAL

II. EL ANILLO REVELADOR

MUNDO SUEÑO

edebé



MUNDO SUEÑO

II. EL ANILLO REVELADOR

y la historia ilustrada de

El capitán Delom y la Dama de Cristal

Pilar Pascual

MUNDO SUEÑO

II. EL ANILLO REVELADOR

*y la historia ilustrada de
El capitán Delom y la Dama de Cristal*

edebé

©del texto, Pilar Pascual, 2016
©de las ilustraciones, Pilar Pascual, 2016

Proyecto y dirección: EDEBÉ
©Ed. castellana: edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebé.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de publicaciones: Reina Duarte
Diseño: Fénix Factory

1.ª edición, septiembre 2016

ISBN: 978-84-683-1919-3
Depósito Legal: B. 14598-2016
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. La torre de Alkabanta	7
2. Los Días Antiguos	21
3. Cosas de brujos	33
4. Nada es casual	47
5. Una tormenta nada natural	61
6. El Capitolio Lunar	77
7. Saber más de la cuenta	89
8. La enigmática Úrsula	103
9. Una experiencia aterradora	117
10. La batalla de Bétula	133
11. El depredador y la presa	147
12. La trampa	165
13. La traición	181
14. La caída	199
15. El Guardián de la Noche	213
16. Sin salida	227
17. La maldición	239
18. Perdidos	251
19. Las Arcas del Exilio	263
20. Los planes de Abel	275
21. Irás y no volverás	293
22. La Carcelera	307
23. Decisiones difíciles	325
<i>El capitán Delom y la Dama de Cristal</i>	<i>341</i>

Capítulo uno
La torre de Alkabanta

En la Vigilia

La noche era fría y soplaba un viento fuerte, algo huracanado, pero era el momento idóneo para su regreso. La luz de la luna coloreaba el pavimento de un suave tono azulado. Las estrellas se exhibían con la indiferencia de quien está en lo alto, únicas espectadoras del vacío que deja el viento en las ciudades, acostumbradas a la multitud y bullicio. Las escasas hojas caídas de los árboles revoloteaban chocando contra la acera una y otra vez, al compás del gélido viento. Una de ellas se posó en la entrada de la alcantarilla, y en ese instante las ruedas de un automóvil frenaron a su lado. La puerta trasera del taxi se abrió y unos zapatos grandes y deslucidos, pero perfectamente acordonados, pisaron la hoja. Fueron seguidos de inmediato por un bastón que se apoyó firme sobre el asfalto y por un par de zapatillas rojas muy pequeñas. El automóvil arrancó y prosiguió su camino. La hoja quedó pegada a la suela de los zapatos del profesor Simón Balvatin, que echó a andar. Sus pasos eran largos y firmes, nada perturbaba el caminar seguro pero tenso del regio anciano. Rebeca se volvió para observar cómo se alejaba el coche, y después le siguió. El abuelo y ella regresaban al barrio a escondidas, cautos como dos ratones. Pero no se dirigían a su viejo caserón; sabían bien que

EL ANILLO REVELADOR

este era vigilado día y noche por los secuaces de su enemigo, Abel Sinsueño. En realidad iban a otro lugar, cercano pero muy diferente: la torre de Alkabanta.

El abuelo le hizo un gesto para que se diera prisa. Estaban muy cerca de la torre, pero había una inquietud en su mirada que a Rebeca le impedía relajarse. A veces resultaba adusto en el trato, con ese rostro enjuto y los ojos muy azules y vivaces, pero ya se había acostumbrado a su carácter: tras su seriedad, se ocultaba un enorme corazón que la había cuidado de todos los peligros desde que había ido a vivir con él por orden de la jueza Felicia Kraus. Había llegado a su casa sin saber cuándo podría volver a la suya con sus padres, desaparecidos sin dejar el más leve rastro. Si bien aún no los habían encontrado, al menos ya sabía quién era el culpable de su secuestro, Abel Sinsueño. Y sobre todo, ahora tenía una esperanza. Se la había dado el abuelo antes de tomar el taxi, y ella ya no podía pensar en otra cosa: «Creo que la clave para encontrar a tus padres está en el anillo de Felicia Kraus», le había dicho. Rebeca sabía de sobra de qué sortija le hablaba.

Le observó ahora, caminando con paso imperturbable por la calzada, y se recordó a sí misma en su viejo caserón, después del enfrentamiento con los sinsueño aquel amanecer. Iban a marcharse de allí junto a sus aliados cuando la señora Guilmaril, de repente, les había pedido que se detuvieran. Acercándose al cuerpo inerte de Felicia Kraus, había tomado con delicadeza su mano, y había extraído algo de sus dedos. «Mmm, este no es un anillo corriente —había dicho la madre de Nicolás, escrutándolo muy pensativa—. Está encantado, y percibo poder en él». Recordaba al abuelo, mirando extrañado a Guilmaril. Gracias a Augusto, su paraguas embrujado, esta pudo comprender que el anillo estaba dotado con la capacidad de hallar lo oculto, y que había lle-

LA TORRE DE ALKABANTA

gado a Felicia de manos de Mauricio de Bracasia, su verdadero dueño. En un primer momento aquel nombre no le había dicho nada, hasta que la madre de Nicolás, mirando con las pupilas centelleantes en el interior de su amuleto mágico, había ratificado que aquel era el nombre del asistente social que la había custodiado hasta el caserón del abuelo tras desaparecer sus padres. Gracias a esa sencilla joya, tanto Felicia como el asistente habían encontrado el hogar secreto de Simón Balvatin.

En la Vigilia habían pasado dos meses ya desde la confrontación, pero ella todavía tenía grabada en su memoria la imagen de la jueza, tirada en la entrada del caserón, sin vida. Se había jurado, cuando la enterraron bajo una gran haya de Bradobosque, en Mundo Sueño, que si algún día tenía poder suficiente les haría pagar caro a los sinsueño la muerte de la buena señora Kraus.

«Si no he caído en las garras de Abel, fue sin duda gracias a su sacrificio», se dijo.

Rebeca miró ahora hacia todos los lados, como el abuelo, y comprobó las calles desiertas, con apenas algunos transeúntes que de vez en cuando se cruzaban con los rostros cargados de urgencia por llegar a casa después de una dura jornada de trabajo. «Todo sigue igual que cuando nos fuimos», murmuró para sí. El *Barco de los Mil Destinos* y los aliados que se habían presentado para ayudarlos desaparecieron de la casa-nexo del abuelo tan rápido como habían llegado, y nadie en aquel barrio había siquiera sospechado la batalla campal que se había producido allí aquel amanecer. Los cuatro, la señora Guilmaril, Nicolás, el abuelo y ella, habían navegado junto a Delom y la pintoresca señora Mi-yith hasta desembarcar en el hogar de Nuk, su buscador. Allí, en Bradobosque, Nicolás y ella habían conocido a su

EL ANILLO REVELADOR

dicharachera esposa, la señora Línivel, y habían tenido oportunidad de descansar un poco mientras los mayores sopesaban qué hacer.

El abuelo había tratado de utilizar el anillo para localizar a sus padres, pero el objeto no había funcionado. Después de muchos intentos sin resultado, el abuelo se enfurruñó y dijo que tal vez estaba estropeado o, a lo peor, no era de fiar. ¿Y si antes de Felicia y Mauricio había pertenecido a alguien con malas intenciones contra ellos? «Felicia no estaba muy centrada cuando llegó a mi casa, y parecía querer decirnos algo. Si lo usamos, tal vez corramos el peligro de que revele nuestra posición a los sinsueño», había dicho. La madre de Nicolás no estuvo de acuerdo con aquella teoría. «Los sinsueño no utilizan objetos encantados, profesor», le había contestado negando con la cabeza. Sin embargo, según el abuelo, no era la primera vez que algún mago cambiaba al bando de Abel.

No le dieron más importancia a aquel comentario, pero Rebeca se obligó a grabarlo en su memoria, prometiéndose a sí misma que estaría alerta a cualquier signo extraño.

Finalmente, Nicolás y su madre partieron antes que ellos hacia la Vigilia para ir investigando el anillo con ayuda de las otras brujas y preparar la llegada de los Balvatin a la torre. Asimismo transportaron consigo la Mesa Oval, capaz de ocultar el sello dorado que latía en el interior del ojo izquierdo de Rebeca. El abuelo le había explicado que no tenían la total garantía de que escondiese por completo su paradero a los sinsueño cuando la oniromarca eclosionase definitivamente. Por ese motivo, las brujas debían preparar la torre a conciencia con su poder mágico. Aunque los sinsueño habían encontrado el caserón del abuelo, esto no había puesto en peligro la vieja atalaya, a pesar de su proximidad.

LA TORRE DE ALKABANTA

Desde los tiempos antiguos, las brujas renovaban cada ciertos años el potente conjuro de protección que salvaguardaba con el anonimato su localización. Cuando todo estuvo preparado, fueron avisados por medio de Faraón, el gato amigo de la señora Guilmaril, para que regresaran a la Vigilia.

Tantos problemas, y un solo culpable: Abel Sinsueño. No había podido olvidar sus ojos, brillantes y duros como dos diamantes, que la escrutaron al verla aparecer en la casa como si fuera capaz de conocer sus temores más ocultos. Desde aquel amanecer, su recuerdo le acompañaba a cualquier lugar adonde iba. Ella pensaba que era su propio miedo lo que la hacía pensar una y otra vez en él. El miedo a que aquel hombre inmortal y peligroso hiciera daño a sus padres, a no verlos nunca más. El miedo a que hiciera daño al abuelo, su única familia a salvo ahora, y a ella misma. El miedo a que los que estuvieran cerca de ella, como su amigo Nicolás y su madre, sufrieran también. El mismo miedo que a la vez le hacía sentir rabia cada mañana, empujándola a rebelarse contra aquella situación y a reunir todo el coraje del que era capaz.

—Es aquí —dijo el abuelo de repente, mirando hacia arriba.

Rebeca se frenó en seco. Conocía perfectamente ese lugar: tiempo atrás, cuando estaba recién llegada a casa del abuelo, se había aventurado a merodear por allí. Se acordaba de las casas, del banco de madera olvidado en la acera sobre el que ya nadie se sentaba, del enorme perro que ladraba furiosamente tras las rejas de una de las casas si percibía la cercanía de alguien... Lo que no recordaba, porque de haberla visto no la habría olvidado jamás, era esa inmensa torre que se alzaba allí mismo, frente de ella, en aquel barrio residencial como otro cualquiera, en el que igual podían encon-

trarse antiguas casitas de una o dos plantas que edificios de más de seis pisos.

—Mírala bien, Rebeca, es un regalo para tus ojos —murmuró el abuelo—. Los demás no pueden verla.

Efectivamente, las personas que pasaban a su lado no se percataban de la existencia de una extravagante y descomunal torre que habría inquietado al más valiente. Eran quince pisos de piedra gris que parecían contruidos por un arquitecto insensato. Sus muros estaban algo torcidos, como si hubieran comenzado a derretirse bajo un sol abrasador. Era circular, y surgían por doquier numerosas torrecillas con tejados picudos o redondos, algunas chimeneas expulsando humo por sus sombreros, y pequeños castilletes repartidos desordenadamente que sobresalían cual champiñones. Rebeca observó después las amplias vidrieras, que mostraban escenas aterradoras de crímenes perpetrados contra los brujos en otros tiempos, y sintió un escalofrío. De no haber ido acompañada por el abuelo, habría desistido inmediatamente de adentrarse en aquel lugar, pero este tiró de ella hasta que notó que caminaba detrás de él.

Unas rejas de hierro, altas y coronadas con lanzadas triangulares, enmarcaban la entrada, que estaba cerrada. Dos panteras negras forjadas en hierro, con ojos rojos como la sangre, se alzaban a izquierda y derecha de la puerta. Una de ellas protegía con sus afiladas garras un timbre con telarañas que se agitaban por la fuerza del viento.

El abuelo miró hacia ambos lados y después posó su índice bajo las garras del felino, pero Rebeca le frenó asustada. El abuelo le indicó que estuviese tranquila. Los ojos de piedra rojiza brillaron de repente y la escultura emitió un suave ronroneo metálico. La puerta de hierro se abrió suavemente, sin emitir el más leve ruido, y el abuelo se apresuró a hacerla entrar.

LA TORRE DE ALKABANTA

Ante ellos se mostró un patio bordeado por densos arbustos de formas extravagantes. No pudieron ver mucho más, porque inmediatamente una espesa niebla morada se arremolinó entre sus rodillas como una serpiente hasta envolverlos por completo. En unos instantes no tuvieron más remedio que quedarse quietos, en medio del patio, sin poder avanzar. Rebeca sintió que sus músculos se tensaban. Notó la niebla en los ojos y hasta en la garganta, y le pareció que se colaba dentro de ella y recorría todo su ser y sus pensamientos. Aquel no parecía un lugar donde iban a estar a salvo: resultaba tenebroso. No obstante, sabía que no podían volver a casa, el abuelo se lo había dicho claramente. Comprendía bien lo que sentía, ella también había perdido su casa. Ambos tenían la misma tristeza y probablemente la misma ira interior, pero además de todo eso ella sentía una gran confusión. Se desorientaba ante tantos misterios y ante el gran peligro que se cernía sobre ella. Y ahora aquel lugar, la torre de Alkabanta... Producía miedo con tan solo mirarla.

Rebeca se arrojó a su abuelo. Al frente se percibía un tenue resplandor. Avanzaron como pudieron, casi a ciegas, hasta llegar a una zona despejada donde se distinguían el uno al otro. Vieron entonces la puerta, grande y regia, de la torre, encima de la cual pendía el farolillo que emitía la pálida luz. Mientras se aproximaban, Rebeca tuvo la sensación de que alguien los observaba. Miró por encima de su hombro, hacia la izquierda, y de repente vio un montón de pares de ojos que brillaban en la noche como estrellas tintadas de colores exóticos. Ahogó un grito. Los ojos los miraban atentamente tras los retorcidos arbustos del jardín que rodeaba a la torre.

Eran gatos, gatos que se ocultaban acechantes en la oscuridad. Algunos eran pequeños y de pelo corto, de colores

oscuros y tostados, y atravesaban el patio de repente, veloces como el rayo; otros, musculosos y de largas colas, mostraban con quietud sus colmillos al bostezar, listos para recibir una cena que aún no había llegado; y unos cuantos bajaban de los árboles y se mostraban, subiendo y ocultando de nuevo sus pelajes pardos, negros, atigrados, jaspeados y grises. Circulaban por el patio exhibiendo sus peludos y bellos collares, y Rebeca, a quien siempre habían intrigado los gatos, pensó que la brujería era para ella igual de enigmática que estos, y de alguna forma intuyó la naturaleza afín de ambos.

Un cuervo sobrevoló de repente sus cabezas. Rebeca acortó la distancia con su abuelo y le agarró del brazo. El corazón le golpeaba fuertemente el pecho; ya no tenía ninguna duda: quería salir de allí.

—Abuelo —musitó.

—¿Sí? —dijo él con aire despistado, tanteando la alda de la puerta.

—Yo... —dijo Rebeca, buscando las palabras adecuadas—. Escucha, creo que deberíamos buscar otro sitio.

En ese instante, el grueso portón de hierro se abrió. El abuelo no le contestó, la cuestión estaba resuelta, y Rebeca clavó la vista en la anciana delgada y enjuta, no muy alta, que había aparecido en el umbral de la puerta. Su cabello estaba conformado por hebras grises, despeinadas y crespas; su rostro, acribillado por las arrugas y las verrugas, echaba para atrás. Tenía también un mentón prominente y una nariz marcadamente aguileña. Y a pesar de todo esto, lo más inquietante eran sus ojos. El derecho estaba cubierto por un parche negro, y el otro era en sí un manto de niebla a través del cual no se sabía si miraba. «¿Nos ve?», se preguntó Rebeca. La anciana giró entonces la cara hacia ella y apretó los labios, y Rebeca tuvo la sensación de que había sabido lo que

pensaba. La anciana avanzó hacia ellos con paso decidido. «Tal vez nos vea con el ojo perlado», pensó entonces Rebeca, alarmada, y observó su indumentaria.

Sin duda alguna, era una bruja. Llevaba parte del rostro cubierto por una toquilla negra y vestía una túnica polvorienta compuesta de varias telas superpuestas, deshilachadas por los bordes, que arrastraba plácidamente por el suelo. En la mano, delgada, arrugada y firme, sujetaba una larga y sinuosa vara de madera con runas plateadas en su superficie que emanaban destellos violetas.

—Profesor Balvatin, le estábamos esperando —saludó la sobrecogedora anciana, esbozando una sonrisa que dulcificó su rostro temporalmente.

—Es un placer volver a verla, señora Faderba —respondió el abuelo.

Se estrecharon la mano con respeto, y la mirada perlada de la bruja se posó entonces sobre Rebeca.

—Y ella debe de ser...

—Rebeca Balvatin —dijo el abuelo—. Mi nieta.

—Señora —saludó Rebeca, ladeando levemente la cabeza.

La bruja le dirigió una mirada amable con su ojo velado y los invitó a entrar rozándolos con sus dedos, que a Rebeca le recordaron unas agujas de coser. Indicó que la siguieran por el interior y se adentraron en la torre junto a un par de gatos que aprovecharon para entrar a la vez. El portón se cerró de golpe y se encontraron en un recibidor hexagonal con fuerte olor a incienso y techo artesonado de piedra.

Había un agradable calor en su interior. Por cada ángulo del recibidor se extendía un pasillo, enfrente y a sus espaldas, cinco en total. Cada umbral tenía una inicial grabada en una pequeña placa dorada en lo alto: F, R, Z, A y G. Sin

embargo, aquello era imposible. Rebeca no había visto ningún saliente desde el patio que pudiera albergar los corredores de detrás. La estructura no cuadraba en ningún sentido.

—Estoy encantada de que haya aceptado nuestra invitación, profesor.

—Y yo agradecido de que nos acojan.

—Por los últimos acontecimientos, supongo que estará impaciente por reunirse con mi hermana Guilmaril. Ha estudiado el anillo a conciencia y tiene importantes novedades para usted.

El abuelo pareció contento ante los posibles avances de la madre de Nicolás con la sortija.

—Bien —dijo, y de súbito se aclaró la garganta.

—Sí, sí —dijo la bruja, comprendiendo—. Vaya a verla, yo me llevaré a la niña.

Y sin decir una palabra más, Rebeca vio cómo el abuelo se alejaba con familiaridad por el pasillo que ostentaba la letra G sin dar importancia al hecho de dejarla sola con la bruja. Estuvo a punto de decirle que ella quería estar presente si se había hecho un descubrimiento, pero el ojo perlado de Faderba la enmudeció cuando se posó sobre ella. Arrancó a andar por el corredor que se iniciaba con la F. Al darse cuenta de que no la seguía, se volvió y dijo con sencillez:

—Ven conmigo, niña. Luego verás a mi hermana Guilmaril.

Rebeca suspiró. Ver a la madre de Nicolás sería un consuelo. No pudo evitar sonreír al recordar que la primera impresión que le había producido la señora Guilmaril había sido terrible. Recordó cómo había huido de ella, espantada, y esta, lejos de tenérselo en cuenta, había corrido junto a su abuelo en su busca. Gracias a su intervención, ella había regresado sana y salva a la casa. Estos recuerdos le hicieron

LA TORRE DE ALKABANTA

reflexionar que tal vez estaba sucediéndole lo mismo con Faderba. Quizá su intimidatorio aspecto ocultara un corazón tan grande como el de la madre de Nicolás. Al fin y al cabo eran hermanas, y el abuelo no la habría traído a ese lugar si fuera peligroso para ella. Decidió que debía calmar los miedos de su propio corazón, que le podían llevar a juzgar mal a las personas que los estaban ayudando, y caminó en silencio detrás de la bruja. Esta la guio por un largo pasillo, de cuyo techo colgaban cada ciertos metros pesadas lámparas atiborradas de velas. La cera derretida se había ido amontonando por el uso, componiendo estalactitas de formas grotescas.

La torre era, efectivamente, irregular. Subieron y bajaron escalones para pasar de una estancia a otra, usando atajos que la bruja conocía, y así fue como Rebeca tuvo una primera impresión de la cocina, tan oscura que no se hubiera distinguido a un gato negro del carbón, pero más cálida que el resto de las galerías y repleta de cuencos, cacerolas, platos y potajes hirviendo al fuego de una chimenea central. Había cebollas, repollos, patatas y batatas, zanahorias, y hierbas frescas como tomillo, laurel y eneldo, y flotando en el aire, un agradable aroma a raíz y tierra mojada, aún prendido en las hortalizas que reposaban en cestas de mimbre como si acabaran de ser arrancadas. Oyeron antes de abandonarla una voz al fondo que tarareaba alegre una melodía, y Faderba le explicó que se trataba de su hermana Altagar, que no hablaba mucho, pero cantaba siempre mientras cocinaba, tarea que le gustaba tanto como a Rosgatur comer.

Dejaron atrás las cocinas y atravesaron dos bibliotecas contiguas de elevados techos, y también un pequeño saloncito que no tenía mueble alguno ni cortinas, pero sí un precioso suelo hidráulico cuyas baldosas estaban pintadas produ-

ciendo efectos inesperados con la perspectiva, y cuando Rebeca creyó que ya habían llegado al final, de repente la bruja Faderba descubrió una galería nueva que llevaba a otra provisión de vestíbulos, pasillos imprevistos y puertas camufladas que no se veían a simple vista. Era fácil distinguir las estancias habitadas de las que no se usaban por la presencia activa de estufas de leña. Rebeca resopló, confusa. Toda aquella mole que había visto desde el exterior no encajaba con el espacio interior que había recorrido, pensó de nuevo. El entramado de cámaras por las que fueron pasando tenía también techos a diferentes alturas, pequeños jardines interiores enmarañados y sombríos con cenadores de piedra, e infinidad de salas abandonadas a juzgar por la cantidad de telarañas, que de tan tupidas parecían a veces vaporosas sedas extendidas los muebles y objetos de los distintos gabinetes. La mayoría de los escalones estaban algo combados, y había toda una gama de paredes tapizadas en terciopelo de diferentes colores, desde el granate oscuro al verde esmeralda, pero en todas ellas la tela se veía desgastada por el paso del tiempo.

Después de recorrer un pasillo en el que había colgados trece retratos ovalados, giraron hacia la derecha y luego otra vez más hacia allá haciendo una «u» en dirección a la entrada. De pronto, un intenso conjunto de vapores le invadió, haciéndole olvidar la arquitectura imposible de la torre. Algo hervía en una estancia cercana y el denso olor de especias que desprendía llegaba hasta allí con tal intensidad que se impregnaba en la ropa y en el pelo. Rebeca aguzó los oídos: ninguna voz, risa o llanto alteraba la imperturbable y desangelada torre, solo el rumor de un caldero hirviendo quebraba sutilmente su silencio. ¿A qué correspondían aquellos aromas que llegaban hasta ella? Era incapaz de identificarlos.

LA TORRE DE ALKABANTA

—Albahaca, agrimonia, manzanilla, lavanda, mirra y sangre de dragón —le dijo de repente la bruja, al mismo tiempo que clavaba en ella su ojo ceniciento.

Rebeca palideció. ¡Había leído sus pensamientos otra vez! Si hubieran estado en Mundo Sueño, aquello no le habría extrañado, pero ¡en la Vigilia! Rebeca tragó saliva e intentó relajarse: sabía que la magia obraba tales milagros, pero aun así aquello la inquietaba. La vieja bruja sonrió, tal vez con intención de calmarla, pero al entreabrir la boca se descubrió una dentadura medio vacía, entre huecos y dientes algo afilados, y Rebeca no pudo evitar dar un paso hacia atrás. La anciana frunció el ceño con extrañeza, y después, de súbito, pareció comprender el miedo que le provocaba y profirió una carcajada. Rebeca tragó saliva y caminó tras ella hasta que Faderba se detuvo finalmente unos metros más allá, frente a una puerta. Dio unos ligeros golpes con su báculo, y pronunció unas palabras incomprensibles. Un anagrama violáceo se dibujó en la puerta y esta se abrió lentamente haciendo chirriar los goznes, dando cuenta de su vejez.

—Pasa, niña —dijo Faderba, sonriendo de nuevo—. Esta es una de mis estancias personales.

Rebeca se sintió como la protagonista de un cuento de terror que se precipitaba, sin saberlo, a la cueva de la malvada bruja. Sonrió sin ganas y entró, repitiéndose una y otra vez que su abuelo no la dejaría en manos de alguien en quien no confiase plenamente.